

## LA MUJER BASCONGADA



Ya va picando en historia, la pintura que algunos escritores modernos hacen de la mujer bascongada; á vueltas de alguna galantería, parece que hay empeño en presentarla, como mujer exenta de ternura y sentimientos femeniles, y esto es tanto más injusto cuanto que no se funda, ni en razón sólida ni en argumento lógico.

El señor Soriano, en la *Revista Moderna*, la llama varonil, marimacho, hombruna, y otras lindezas por el estilo; para esto toma el modelo de la monja Alférez, tipo excepcional, y por lo tanto que no puede servir de regla; además, Juana de Arco, Maria Pita, Agustina de Aragón, y tantas otras, ¿no demostraron tener alientos para acaudillar soldados, disparar cañones y atacar al enemigo personalmente? No por eso se le ha ocurrido á nadie creer que las paisanas de esas heroínas son de la misma madera, y no tienen más característica que dar cintarazos y mandobles.

Se dirá que la monja Alférez fue más lejos que todo eso, es cierto; pero hay que juzgarla con relación á la época en que vivió, en que la guerra era casi una profesión, y el valor guerrero un ideal que todos perseguían; excepción por excepción más noble es esta que no la de la mujer torera, si bien ambas excepciones son resultado de los gustos de la época, pero ¿se le ha ocurrido á nadie, por ser estas señoritas toreras catalanas, decir que la mujer catalana tiene instintos feroces y sanguinarios?

No hace mucho tiempo leímos también una revista de América, bascongada por cierto; una escritora de gran talento, pero poco certera en sus apreciaciones, describía á la mujer bascongada pintándola como estóica é inalterable, desposeida de femenil ternura y exaltándose por el fanatismo y la política.

¿Qué bascongadas conocerá la que tal escribió?

Es achaque de la escuela realista pintar la virtud como resultado de un temperamento defectuoso, es decir, que toda mujer de virtud presupone para ellos mujer de temperamento frío é inepto; nada más erróneo.

La mujer bascongada, sumisa siempre á sus padres, aprende desde niña á doblegar su voluntad, al deber, y sólo excepcionalmente se rebela.

La constancia y fidelidad en sus afectos son en ella proverbiales; pero educada, en severas costumbres no rompe fácilmente con el pundonor y la delicadeza, cosas ambas, casi anacrónicas en la moderna sociedad.

Atribúyenle también cierta crueldad al ver que entrega sus hijos para la guerra con serenidad y sin desfallecimiento. ¿Y quién se atreve á suponer que el dolor del sacrificio, por no exteriorizarse, es menos grande? La mujer que entrega á su hijo por la causa de la religión ¿suponeis quo no le ama y que no sufre? Esto es absurdo. Sufre y se sacrifica, porque cree que ese es su deber, por el deber sólo, pues ni espera recompensa, ni gloria, y ¿creéis que la mujer que tiene tan alta idea del deber puede no amar á sus hijos, puede ser una mala madre?

Esta virtud del deber está en la masa de la sangre de los bascongados, es su segunda religión, venerada como la primera, á ella ajusta su conducta y sus aspiraciones, á ella consulta en todos los casos.

La mejor prueba de la ternura de corazón de los bascongados, es esa atracción del emigrante hácia su rincón querido, lo que le hace muchas veces mirar con tedio la riqueza y acordarse del pobre caserío, en que vió la luz primera. No es, no, el bello paisaje, ni las comodidades, es la madre, la amada, la hermana, la mujer en fin, y este amor no vive sin reciprocidad, para inspirarlo hay que sentirlo.

Los que hablan del pretendido estoicismo de la mujer bascongada, vengan aquí á ver cómo se las respeta y cómo se las ama. No hay país de los que llaman civilizados en que la mujer disfrute de mayor independencia ni donde se respeten más sus deseos; ella es la verdadera reina del hogar; todo lo dispone, todo lo dirige, todos le consultan y su autoridad es indiscutible.

Ella por su parte, atiende á todo y á todos, infatigable, laboriosa, *no come su pan en la ociosidad*, nada se escapa á su perspicacia, y es el sostén y el apoyo de los suyos, algo irremplazable, benéfico, sublime.

Pintanla también algunos, desprovista de la gracia que caracteriza á la mujer española, y quien tal dice demuestra no tener más que un patrón para clasificar la gracia femenina, y aún que este patrón tiene alguna semejanza con las amaneradas figuras de los cromos que adornan las pasas de Málaga, porque de otra manera, ¿cómo no encontrar gracia en esos rostros correctos, de expresión cándida y soñadora, en esa mirada sin igual leal y franca, que caracteriza á los bascongados? Esos rostros, que reflejan siempre el pensamiento, como lago de limpias aguas que deja contar las arenas de su fondo.

La elevada frente, la espléndida cabellera, el cuerpo correcto y propio de matrona, el color sano que le presta su rica sangre, no corroída por la anemia, la placidez de un temperamento bien equilibrado, la gracia en los movimientos, hija de la fortaleza y la actividad, la majestad inconsciente de su valer, toda ella es más para cantada por los poetas, y ensalzada por los artistas, si no se pusieran á juzgarla los que ni de lejos ni de cerca la conocen.

Para detallar sus méritos fuera necesario escribir volúmenes numerosos; sirvan solo estos ligeros rasgos de protesta contra los injustos juicios que sobre ella se han formulado.

FRANCISCA SARASATE DE MENA.

## AINGERUA ETA AURRA



Aingeru bat jeutsirik  
 Zerutik lurrera,  
 Seaska bati zagon  
 Arraiki begira  
 Aren barnean mirail  
 Batean bezala  
 Aur batean ikusten  
 Zuen ber itchura.

Aingeruak apalik  
 Au dio erasi:  
 —«Ni iduri aur ona  
 ¿Zer aiz emen bizi?  
 Augi zerutar laster  
 Enekin iesi.  
 An gituzkek gu biak  
 Milaka obeki.»